

LITERATURA DEL PLATA.

SEMANARIO

De Religion, Ciencias, Literatura, Viajes, Costumbres, Modas y Música.

Redactor y Director,
EDUARDO G. GORDON.

Editor y propietario,
DOMINGO FERNANDEZ.

COLABORACION.

Dr. F. A. de FIGUEROA

- » F. X. de ACHA.
- » ANTONIO DIAZ (MILO)
- » JOSE A. TAVOLARA
- » MELTON GONZALEZ
- » RAMON DE SANTIAGO
- » EDUARDO XIMENEZ
- » A. GONZALEZ-SOLAR
- » FRANCISCO L. TORRES
- » DARGO ROCHA.



Dr. ADOLFO RODRIGUEZ

- » GREGORIO P. GOMAR
 - » A. M. CERVANTES
 - » GALBERTO MENDEL
 - » E. F. y ARTIGAS
 - » E. FERNANDEZ
 - » SYMPHONIO C. A.
- Dr. J. B. de CASTRO
- » TOMAS GUTIERREZ
 - » CARLOS PAZ
 - » RICARDO GUTIERREZ

ESTE PERIODICO SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS POR LA **Imprenta Oriental**, ESTABLECIDA EN LA CALLE DEL **25 de Mayo N° 50**.—PRECIO DE LA SUSCRIPCION UN PATACON, EL CUAL SE PAGA AL RECIBIR EL PRIMER NUMERO.—SE RECIBEN SUSCRIPCIONES SOLAMENTE EN LA IMPRENTA DONDE SE PUBLICA O DANDO AVISO AL REPARTIDOR.

SECCION CIENTIFICA.

Talento y Erudicion.

Hé aqui dos palabras que representan dos cosas bien distintas, y que no obstante se confunden con mucha generalidad entre nosotros.

El tal nto no se adquiere ni por el mucho estudio ni por la mucha práctica; él, como una luz divina que dimanase de Dios, se enciende á cierta época en la inteligencia del hombre, y empieza á hacerse sentir en los actos mas sencillos y al parecer mas insignificantes hasta alcanzar con sus resplandores á los mas complejos y difíciles. El ingenuo, la capacidad, la facultad de crear son las formas principales en que se nos presenta el talento.

La erudicion, por el contrario, es efecto del mucho estudio, de la mucha práctica en el camino de la vida; mas la posee quien mas fuerza goza de memoria, quien mas sabe obligar su atencion hácia los diversos conocimientos humanos.

El verdadero talento es natural; la erudicion jamás es natural siempre es obra del hombre.

La erudicion separada de los conocimientos vulgares, y evitando el engolfarse en ese cúmulo de citas la mayor parte de las veces inoportunas, es un bellissimo adorno del talento, adorno que el mismo se proporciona por medio de una atencion constante, de un analisis severo, de una comparacion justa.

Son muy pocos los hombres de letras que han sabido asociar con éxito la erudicion al talento y son tan bien pocos los que queriendo hacer gala de erudicion han dejado de caer en el ridiculo, siendo victimas de una critica justa é imparcial.

Sin duda, por evitar un escollo semejante, vemos que los hombres reputados por genios tanto en la antigüedad como

en los tiempos modernos apenas demuestran su erudicion en uno que otro caso muy necesario; mientras que se hallan libros, cuyas paginas podrian considerarse como otras tantas ediciones de recuerdos históricos, de nombres célebres, de lugares notables etc. etc. descubriéndose entre esa acumulacion de citas uno que otro rasgo de escaso talento.

Pudieramos citar, en prueba de lo parco que es el talento con la erudicion, las obras de los principales filosofos, de los mas elocuentes oradores, de los mas afamados poetas. Han preferido siempre buscar las fuentes del saber en si mismos y solo han recurrido á sus muchos y ricos conocimientos cuando lo han creído indispensable ya para comprobar sus doctrinas, ya para dar mayor fuerza á sus discursos, ya para hacer mas bellos algunos de sus inmortales versos.

Por el contrario, las medianias han recurrido siempre á la erudicion, como el medio único de aparecer ante la ignorancia hombres de genio. Eruditos de esta especie no poseen mas gloria que las que les puede proporcionar una memoria admirable; pero esa gloria es tan efimera como el resplandor que recibe un cuerpo opaco mientras esta cerca de la luz.

No se crea que con lo que decimos reprobamos el que todo hombre de letras adquiera cuanto le sea posible, no juzgamos un deber la adquisicion de conocimientos porque ellos son los que hacen al hombre verdaderamente lógico, los que dan fuerza á sus raciocinios, verdad á sus conclusiones.

Es en este sentido que creemos útil la erudicion, tan útil que ella es el medio mas poderoso para desarrollar el talento natural y para dirijirlo por un camino provechoso.

Diferenciamos pues, la buena erudicion de la vana erudicion. La primera es hija legitima del talento, la segunda es efecto inmediato de la pedanteria; la primera es un caudal de ideas perfectas, de pensamientos grandes, la segunda es

una pobre recopilación de nombres y de hechos sin orden, sin estudio, sin verdad muchísimas veces.

Nuestros jóvenes, que con tanto entusiasmo se dedican á las letras, deben evitar el caer en ese defecto, que se llama "gala de erudición" para hacerlo aparecer menos ridículo.

Es lo más fácil "hacer gala de erudición;" pero es lo más difícil adquirir los conocimientos necesarios para formar un verdadero erudito.

Es tanto el abuso que se ha hecho y se hace de la erudición que muchos hombres de genio se han perdido en ella, pues han despreciado sus propias inspiraciones, por la fragilidad de aparecer ricos en conocimientos de todas clases, bien científicos, bien históricos, bien literarios. ¡Cómo si fueran superiores los fenómenos de la memoria á los de la inteligencia! ¡Como si el caudal de recuerdos fuese más noble que el tesoro de pensamientos propios!

R. DE S.

La libertad y la civilización.

La civilización, esa lumbrera refulgente que ilumina el progreso rápido de las naciones y regenera los pueblos y las sociedades, es la hermana generala de la libertad; sin esta última la civilización llega á encontrar obstáculo en su marcha progresiva y los pueblos parecen sometidos á un estado de inacción que postra por decirlo así el adelanto, y los pueblos abusados á esa educación nociva llegan á "barbarizarse."

Las sociedades del siglo pasado dormían en esa muda contemplación de su propio estado y el germen de esa educación moral eran las revoluciones en que se embolvían frecuentemente:—Cuando la civilización alumbró esas sociedades con su toa de progreso, cuando los pueblos comprendieron que la felicidad y el adelanto eran la paz; como las revoluciones el antitesia de aquellas; entonces parecieron despertar del letárgico sueño en que yacían, y sacudiendo los robustos brazos llegaron á trozar las ligaduras á que estaban sujetos y de sus mismos grillos empezaron á pulir los preciosos instrumentos con que debían dar principio á la construcción del gigantesco templo del progreso que vino á encarnarse en el siglo XIX.

A principios de nuestro siglo las sociedades ya habían plantado las vases de ese templo y todos los pueblos fueron ayudándose unos á los otros, y cada uno llevó un invento, una chispa para iluminar el oscuro camino que debían atravesar:—pronto, muy pronto sus chispas debían derramar luces, y esas luces en su multiplicación progresiva, formaron la aureola divina que se llama civilización.

Los antiguos pueblos habían dormido á oscuras, y sus manos poco hábiles no se prestaban á los trabajos de la ciencia, las imaginaciones fértiles y fecundas que en todas las épocas como en todos los pueblos han aparecido con profusión, no se empleaban en el adelanto, porque la demoralización había destruido por su base la columna que debía sostenerlos, pero como hemos dicho antes, el siglo con sus luces iluminó el camino, y entonces los génios aparecieron, el progreso como un río oprimido por ausdiques, se desbordó

é inundó la estéril campiña por donde pasó, haciendo fructificar el árbol de la ciencia del que cada nación, cada pueblo fue codicioso á cojer un florón para ser transplantado y adorado como la escucha de la más perfecta regeneración.

El progreso entonces se extendió por toda la Europa, pero era aun necesario para que este no fuera ahogado, que otro poder creado por la inmoralidad y la inercia, cayera cadendo su imperio absoluto á la civilización y el progreso:—la tiranía y absolutismo no podían tener raíces ya donde se levantaban templos, se quemaba incienso y se entonaban himnos á la civilización; y la libertad levantándose, trozó sus grillos y elevó parísimo é immaculado el pabellón de su independencia.

Entonces los pueblos todos alzaron su grito de libertad y esta formó un *mariage* con la civilización para que de entre ambas surgiera la luz; la luz apareció para y esplendorosa, y sus immaculados rayos vinieron también á alumbrar la joven América, la preciosa perla de la diadema de Colon, que como los demás pueblos, había transplantado á sus risueños valles las flores del árbol gigantesco del progreso.

América debía también ocuparse de su regeneración, y emprendió la obra con pequeños granos de arena, pero que pronto debido al ahinco y constancia de sus hijos vió levantar el magnífico templo en que los grandes pueblos emplearon largos años de trabajo.

La obra fué construida sobre las vírgenes llanuras de sus desiertas pampas, sus hijos eran pocos, pero vigorizados por el estímulo, ven todos los días elevándose más y más las columnas que han de sostener el grandioso capitel donde deben colocar las gigantesco estatuas de la libertad, de la civilización y el progreso.

Estos tres principios sociales constituyen la felicidad de los pueblos: la América es joven aun, pero ayudada por sus hermanos del viejo mundo, se prepara á concluir la obra que ha principiado, trabajando en ella con las herramientas imperfectas con que cultivó y agó sus mieses.—La América ya no es un imperfecto punto casi invisible del mapa, la América adelanta y ella mañana dirá á los que la hicieron en la cuna de su infancia:—«He aquí la que visteis adormida entre un bosque de palmas y naranjeros arrugada por las canciones de sus pintados pajarillos y refrescada por las cristalinas aguas del salvaje Plata.»

E. G. G.

SECCION BIOGRAFICA.

POETAS AMERICANOS.

Abigail Lozano—Apuntes biográficos.

(CONCLUSION—VEASE EL NUMERO 15.)

Pero la fortuna no sonreía á Lozano: gracias que pudiese vivir al regazo de las Musas y no encadenar su genio teniendo que trabajar incesantemente para ganar el pan. ¡Un poeta caer del cielo de sus sueños, de las felices inspiraciones de su corazón, después de haber subido acompañado de ángeles y arrullado de músicas divinas por

aquella escala misteriosa que vió Jacob en su camino! ¡Ovidarse, en una palabra, de su bello idealismo para convertirse hombre!...

Y el Gobierno de entonces, que debió proteger para su propia gloria el talento poético de este jóven, ¿qué hizo para hacerle olvidar los martirios que necesariamente debía sufrir! Se contentó con darle un pequeño é insignificante destino en rentas. En rentas, Dios mio. ¡La severidad matemática de la cifra y el anchuroso campo en que la imaginación pueda pasearse libremente, fecundando y dando vida á sus brillantes é inmensas creaciones! Coincidencia ridícula por cierto....

Y sin embargo, Lozano tuvo que aceptar, aun á pesar suyo, aquel empleo y despedirse de su ciudad querida, de su Ávila imponente, para morar en medio de una sociedad ménos limada y culta y rodeado de una naturaleza mas selvática. Lo que haya sentido el poeta al separarse de Caracas, puede expresarlo aunque imperfectamente alguna de sus composiciones, en que no deja de encontrarse tal cual pincelada que revela la amargura producida en su alma por aquella separación, por el recuerdo de la ciudad en que la gloria vino por primera vez á sonreírle y donde la mente del poeta se figuró un bello mundo de ilusiones.

No fueron muy risueñas las primeras emociones que sintió Lozano cuando pasó su planta en la nueva ciudad que habia de habitar; y no podia ser de otra manera, cuando lo primero que se presentó á su impresionable imaginación, fueron las ruinas de un pueblo y el polvo de los cadáveres de toda una generacion sepultada en un momento... Entonces asistió en génió, con el poder que dan los recuerdos al hombre, á esa escena de desolación aseçada el 26 de Marzo de 1812, en que la cólera del cielo y la tempestad de la tierra hundieron en la nada todo un pueblo rico y floreciente, sembrando las sombras y el silencio de las tumbas, donde antes se agitaba risueña la vida.

Acaso este nuevo teatro predispuso mas el corazón del autor de "LAS HORAS DE MARTIRIO" á aceptar esa vida de recogimiento en que ha permanecido, dedicado exclusivamente al estudio y ambicionando cada día nuevos conocimientos, futuros florones de su corona literaria. Así le vemos en el espacio de tres años perfeccionarse en el francés é italiano, aprender el inglés tanto como le es dado á un extranjero, encontrándose hoy con capacidad de regentear privadamente una clase de este último idioma con éxito brillante.

Hay algunos incidentes en la vida de ciertos hombres que contribuyen poderosamente á allanarles el camino de sus esperanzas, á despertar en ellos nuevas sensaciones y deseos en provecho de la carrera que han emprendido, sucediendo lo contrario con otros, para quienes aquellos son valladares que se interponen en su camino y que su ánimo débil no se atreve á salvar.

Para Lozano habia llegado la época en que el amor, flor prendida en el corazón del hombre, debia ejercer todo su imperio. Sentia que algo faltaba á su lado: comprendia que para surcar el proceloso mar de la vida era preciso la reunion de dos almas. Así los golpes de la vária fortuna, serian ménos sensajbles y los huracanes del mundo encontrarían mas resistencia para ejercer su devastador imperio. El

poeta conoció que necesitaba amar... y amó; pero amo con esa pasión que solo pueden comprender aquellos que le han sentido: pasión que nada puede destruir, cuya vida es un combate incansante, que mientras mas obstáculos encuentra, se levanta mas terrible para combatirlos; hasta que al fin sale vencedora en la lucha.

¡Maria! Ese nombre que habia estasiado á nuestro poeta desde sus primeros cantares, por que fué el que llevó la «Madré del Redentor del mundo,» esa benéfica antorcha del cristianismo, reina de los Angeles y Patriarcas, Maria, era también el ser que sobre la tierra debia acompañarle en su vida proscripta y á quien se unió el 31 de Agosto de 1849.

Recuerdo que una tarde apacible y serena del verano de aquel año me paseaba con Lozano por las márgenes del Yurubí, pequeño rio que baña la parte Noroeste de la ciudad de San Felipe. Todo nos convidaba á meditar: el suave y perfumado ambiente que rizaba nuestros cabellos; el canto ya alegre ya triste de los pajarillos que se posaban sobre las ramas de los gigantesos árboles que nos rodeaban, el ruido del agua que corria á nuestros piés y que no podria definirse de una manera mas bella que como lo ha hecho el célebre Dumas.—"Le bruit de l'eau qui tombe dans l'eau," todo eso nos embelesaba, y arrobando nuestra imaginación, nos sumerjia en un suave y misterioso deleite. Esa tarde fué cuando el autor de "Los siete Dolores de Maria," escribió una sentida composición á su dulce compañera, inspirado por el aspecto de aquella naturaleza bella y sonriente. Yo le vi, sentado en una de esas piedras, que la corriente arrastra de las montañas donde tiene su cuna, fijar sus miradas en los cristales que retrataban su imagen, acaso buscando alguna otra imagen encantadora que revestir con las facciones dulces de su "Maria!"

Pero un nuevo sentimiento debia nacer en el corazón de Lozano. Era padre, ese amor que habia sentido por Maria se encontraba robustecido con el nacimiento de su primer hijo, lazo dulce y misterioso que estrecha las almas y que rodea al hombre de un mundo de placeres indefinibles. ¡Un hijo! lo que hay de mas querido en la tierra. aquello que desde que nace nos sonríe y nos acaricia y en quien fijamos nuestra mirada arrobados de ventura. ¡Un hijo! ¡El heredero de nuestro nombre y el partícipe de nuestra gloria! ¡Quién no ha sentido esa especie de orgulloso deleite con que se contemplan los dulces frutos de una union querida!...

Lozano sintió todo esto con el nacimiento de Eudocio...

Milton, Byron y Moore entre los Ingleses, Chateaubriand entre los Franceses, Zorrilla y Espronceda entre los Españoles, son sus autores favoritos. Entre los Italianos, reconoce la superioridad del sobre el Tasso; pero las octavas del último le embelesan mas que los tercetos del primero.

Segun le he oido decir; el primer libro que Lozano ha leído, en la edad que podía comprenderlo, es el que refiere la historia lamentable de Pablo y Virginia. Chateaubriand dice que las únicas verdaderas lágrimas, son aquellas que brotan á la impresion que hace en nuestra alma una hermosa poesia. Lozano, niño, lloró siempre que fijó su vista en las incomparables páginas de ese libro. A. M. S.

SECCION POETICA.



La vieja Sultana.

I.

IDEAL

Qu'importe le flacon, pourvu qu'on ait l'ivresse.

ALFRED DE MUSSET.

Tal como el árbol sombrío,
Que de flores vistió Mayo,
Que partió silvando el rayo,
Y el vendabal dispersó;
Puede bañarlo el rocío
La luz del sol calentarlo,
Puede el musgo tapizarlo,
Pero su vida acabó.

De la fulminada gloria
Tal es la misera suerte,
Tal es la existencia inerte
De sin ventura vejez.
Tiranizan su memoria
Los recuerdos opresivos,
Sueños de luz fugitivos
En desnuda lobreguez.

Las gruesas gotas calientes
De la lluvia del escío,
O el cristalino rocío
De la luna al resplandor,
Dan la vida á las simientes
Que el sediento prado encierra,
Y sonríe al sol la tierra
Con alfombra de verdor.

Tal opera así en la mente
Del cuitado tenebroso
El hachí voluptoso,
Tal el opio ó el café.
De los dioses pura calma
Fulgura en humana frente,
De luz rebosa la mente,
El pecho de amor y fe.

Café, rayo diamantino
En verde y tierno follage,
Que deja entrever paisaje
De eterna felicidad.
O café, néctar divino,
Que al alma casta mantiene,
Que cual fuente de Hipocrene
Nos da la inmortalidad.

Hachí, celeste ambrosia
Que transfigura al humano,
Que en Dios cambia al vil gusano
Que asco causaba y desden.

Hachí del Empíreo vic,
Contemplación melodiosa,
Llave de oro misteriosa
De las puertas del Eden.

Opio, sueño fascinante
Que acumula lo imposible,
Que revela lo invisible
De negra gasa al trasluz.
Vision del alma aspirante
Al pecho halaga y sofoca,
Y de lo pasada evoca
Fantasmas de sombra y luz.

II.

CAFÉ

Le temps n'outrage que l'homme.
Mme. STAEL.

Noble se ostenta Palmira
Aunque en el polvo ocultada,
Su frente cicatrizada
Levanta en noble pesar.
Del hombre y tiempo la ira
Dispersaron su riqueza,
Mas su orgullo y su belleza
No pudieron ultrajar.

Ya no suena retumbante
El áureo sistro sonoro,
Ni de vírgenes el coro,
Ni do cimbaló agrío son.
Ni ronca voz de elefante
Que torre de guerra ufana,
Ni ruidosa caravana
De Damasco ó de Sidon.

Ni fumante el incensario
Del templo en las cercanías,
Ni de prestes letanías
Coronados de laurel.
Sus miembros como un sudario
Cubre la arena enemiga,
El verde acanto y la ortiga
Coronan el capitel.

Abre oloroso el hisopo
Su cáliz fragante de oro,
Para contener el lloro
De solitaria Tadmor.
Sus ojos cual heliotropo
En el sol siempre están fijos,
Cual Niobé madre sin hijos,
Ebria está de su dolor.

Mas senectud cabizbaja
Restos de humana existencia,

Deja al mortal por herencia
Mofa, miseria y viudez,
El humano orgullo ultraja
Naturaleza inclemente,
Y el tiempo escupe en la frente
De la grotesca vejez.

No conociera gloriosa
La criatura del cielo
Ni de vejez torpe yelo,
Ni el asco del atahud.
El que con Dios ó con diosa
Se uniera en dulces demayos,
El que inundaban los rayos
De infinita beatitud.

El que sintiera en su sangre
Correr el divino aliento,
El que bebiera sediento
El néctar que hace inmortal;
Electo en humano enjambre,
Exento de humana ley,
Era pontífice y rey,
Y á los dioses casi igual.

Era noble su quebranto,
Su angustia grandiosa y fiera,
Jamás su boca torciera
Descompasado sufrir.
Era bálsamo su llanto
Cual en la flor el rocío,
Que el mundo guardaba pío
En urna de oro y zafir.

Metamórfosis amante,
Los anegaba en el Todo,
Los arrancaba del lodo,
Divinizaba su sér.
¡O muerte! ni un solo instante
Holló su planta atrevida
La dulce copa de vida
Do un dios bebiera el placer.

Si de la sierpe está el nido
En el carcomido tronco,
Si repite el eco el ronco
Rugido del huracan,
Si por el rayo encendidos
Arden los bosques mujiendo,
Si lava vomita ardiendo
Y peñaseos el volcan.

Si al verde florido soto
Desnudan vientos helados,
Si vergeles esmaltados
Huella el mar bajo sus piés.
Si convulso terremoto
Seca lagos, hunde montes,

Si torpes rinocerontes
Devastan la rubia mies.

Si meteoro sañudo
Mata al hombre y al ganado,
Si el sol rojo y eclipsado
Esparece luto y horror,
Si en oscuro paso y mudo
Choca rápido el planeta,
Si anuncia fatal cometa
Consternacion y terror.

Si persigue fugaz plebe
La inundacion iracunda,
Si las campiñas inunda
Incandescente el betun,
Si la cascada de nieve
La choza pajiza oculta,
Si caravanas sepulta
El polvoroso semun.

La infinita esencia exprime
Móvil la materia inerte,
Y envidia el hombre tal muerte,
Tan armónico dolor.
Naturaleza sublime
Fulmina, eleva y confunde,
Y en la mente humana infunde
La belleza del terror.

Todo presenta en el mundo
De la hermosura la huella,
Solo al humano atropella
Naturaleza cruel.
Flores y frutos fecundo
Al orbe el tiempo prodiga,
Solo al humano atosiga
Con el asco y con la hiel.

¿A la humana criatura
No bastaban mil dolores,
Sin vergonzosos rubores
De propia degradacion?
¿Sin vergonzosa amargura,
Sin pesares sin aroma,
Sin que el escarnio carcoma
El humano corazon?

III.

HACHÍ.

Amor chi nella mente ni cagioni
DANTE.

Del crepúsculo es la hora
Que el corazon dulce mece,
El ocaso resplandeco
De topacio y de carmin.
Luz codente el lago dora,

Misteriosa sombra cunde,
Y mas aroma difunde
El aliento del jazmin.

Mira resaltarse pura
Las montañas albanesas,
Como collar de turquesas
En áureo el resplandor.
Mira las verdes llanuras
Que esmaltan el mirto y lila,
Mira cual risueño oscila
El astro que inspira amor.

Mira la luna naciente,
Nubes de nácar la ciñen,
Los cielos negros se tiñen
En torno de claro azul.
Como visión vaporosa
Mira el pendon del creciente,
La dulce perla de Oriente
La incomparable Estambul.

¿ Por qué tu pecho marchita
Política pedantesca ?
Deja que la soldadesca
Murmure en el Al-Mejidan.
Deja al muftí la mezquita,
La batalla á los emirés,
Al ulema y los visirés
Los negocios del divan.

En este desierto humano
Que ciudades llama el hombre,
Do acechan males sin nombre,
A quien tierno oásí latir,
Mira extenderse lozano
Un oásis de verdura
Que convida á la ventura
Y al olvido de vivir.

Detén tu camino incierto,
Baña én paz tu pié llagado,
Que del Empireo ha bajado
Celeste sonrisa acá.
Y este oásis en desierto,
De la vida solo encanto,
Es el amor, nombre santo
Que en la tierra lleva Alá.

¿ Ves por el rayo encendida
La foresta tenebrosa,
O por vara milagrosa
Agua brotar el pañon ?
Amor, la suprema vida,
Funde candente la roca;
Si el dedo de Dios te toca,
Arderá tu corazón.

El corce en la colina
De amor y rabia espumante,
Ø en la yerba relumbrante
Gusano á que amor dá luz;
O en la gruta coralina
Grupo amante de ballenas,

O en obrasañas arenas,
El nido del avestruz;

La caverna de leones
Que amor perfura é ilumina,
Tibio soplo que afemina
La natura mas cerril;
De los rapaces alcones
El ala trémula, abierta,
La mirada húmeda é incierta
De la cierva en el abril;

En pradera embalsamada
Viento amante que murmulla,
O la paloma que arrulla,
Hinchando el pecho de amor;
Dos serpientes enroscadas
Bajo matas olorosas,
Dos pintadas mariposas
Juguetonas en la flor;

Las flores, musgo y rocío
Que alfombran la sepultura,
Todo es símbolo en natura
Para el hombre y la muger.
Del orgullo el soplo frío
El corazón petrifica,
Mas todo el culto predica
De ternura y de placer.

Amor que el pecho conmueve
Es como el plectro á la lira,
El alma que amor inspira,
Es tálamo celestial.
Amor que los astros mueve,
Es el celeste fermento;
Mas del infierno elemento
Es el orgullo glacial.

IV.

O P I O .

...Nessun maggior dolore
Ch' il ricordarsi del tempo felice
Nella miseria.

DANTE.

Nunca en tu furor, fortuna,
Contra las masas te estrellas;
Jamás la plebe de estrellas
Su débil luz vé faltár.
Mas solo al sol y la luna,
Del aire Beros sultanes,
El sarcástico Arimaues.
Eclipsa el raudo fulgor.

Solitaria está la orilla,
Mudos los valles y cerros;
Flacos, famélicos perros
Descienden del arrabal.
Su luna tétrica brilla,
Y allá el eco repitiendo

De la hiena el grito horrendo
Y el abullido del chaical.

Tras el verde sicomoro
La pantera está escondida,
La sonrisa fermentada
No te engañe del Sultan.
Teme ver en plato de oro,
Teme ver el fatal nudo,
Teme ver al negro mudo
A la puerta del divan.

¿ De qué sirve, ó renegado,
De oro y de sangre sediento,
Que sobre alfanje eruento,
Graves versos del Corán ?
En la tierra arrodillado,
En vano murmurás pñeces,
En vano dinero ofreces
A tu cómplice el Sultan.

Buitre calvo y carnicero,
Ni musulmán ni cristiano,
Mas cobarde que inhumano,
Mas que lascivo soez.
Tu mento es un pudridero
Que emponzoña la natura,
La juventud, la hermosura
Filtros son á tu vejez.

Alá que todo penetra,
Ve tu infame hipocresía,
Tu lujuria, cobardía,
Tus torpezas en Teherán.
Los delitos que perpetra
Esa descarnada irano,
No, por el nombre otomano,
Impunes no quedarán.

A caballo Marroquies,
Que viene el Ruso esqueroso,
Y el Cosaco lujurioso
Del incendio al resplandor.
Acometed, espahies,
Genizaros escuadrones,
Que al rugir de los cañones,
Se mezcle el son del tambor.

Ya se acercan los villanos,
¿ Cuál se hunde la escalera !
¿ Sabes en su cartuchera
Lo que cobija el Baskir ?
Blancos dedos, lindas manos,
Que sangre cubren y anillos,
Cien orejas con zarcillos,
Gargantillas de zafir.

Ya penetran numerosos,
¿ Que feos son ! ¡ que inmundicia greaca !
¿ Por la torpe soldadesca
Ultrajada veces mil !
Rapaces y lujuriosos,
Asquerosos y grefudos,

Como los monos forzudos,
¿ O pesadilla febril !

Yo vi la fiera judía
Frenética y despeinada,
Con su chinelá bordada
Mi mejilla herir audaz.
Sultana de un solo día,
Agriada en opaca sombra,
Me arrastrara por la alfombra
Y escupírame en la faz.

Mas yo la viera abatida
Por un revés de la suerte,
Y al aspecto dela muerte,
Vi sus náuseas y terror.
Su soberbia derretida,
Por el suelo se arrastraba,
Mis piés humilde besaba
Temblorosa de pavor.

Su hermosa testa cayera
Saltando en el mármol frío,
De sangre el tibia rocío
A mi seno dulce fué.
En el estiércol se viera
Su cadáver mutilado,
Por los caballos hollado,
De los cerdos bajo el pié.

Ora estoy enferma y cansa,
Con recuerdos asesinos,
De piratas argelinos
En inmundo bergantín.
Y la que fuera sultana,
Reducida á cocinera,
Llamada vieja hechicera,
Llena de manchas y hollín.

¡ Horror ! La cristiana flota,
Que arma la implacable Malta,
Allá á lo lejos resalta,
Sobre el espumoso mar.
¿ Ves cual blanca gaviota
La galera capitana,
Que la soberbia otomana
A Roma juró humillar ?

¿ Ves al noble caballero
La cruz roja en manto blanco,
Y junto al rémero banco.
Fraila con negro capuz ?
¿ Que combate carnicero !
Mas triunfa el cristiano osado,
Y en el mastil elevado,
Flota de Malta la cruz.

Atados á los cañones,
¿ Ves de piratas la tropa ?
Y con la argolla en la popa
¿ Cómo espuma el capitán !
Pasto son de tiburones
Sus cadáveres flotantes,

Y espanto de navegantes,
Sus cabezas pudrirán.

Allí están en permanencia
En las playas procelosas;
Sangrientas y rencorosas
La vista tuercen á Argel.
Del cuervo voraz herencia,
Ninguna á la lista falta;
Los caballeros de Malta
No dan tregua ni cuartel.

¡ Ves cómo en torno se agita
De moscas el negro enjambre !
La negra cuajada sangre
Cubre la barba de Osanan.
Mira á Yussuf israelista,
Que cayeron blasfemando,
Y los dientes enseñando
Al horrible Soliman.

Mira á Amurátes el mudo,
Convulso de coraje;
Y el primero al abordaje,
El Circasiano Ibrahim.
Mira á Reschid el sañudo
Pronto á vengar los agravios :
La negra tez, gruesos labios,
Muestran al negro Selin.

De la pasada ventura
El recuerdo es halagüeño,
Cuando de esperanza al sueño
Se amalgama su ilusión.
Pero cuando ya no da
De la esperanza el encanto,
Nada despedaza tanto
El humano corazón.

J. BERMEDEZ DE CASTRO.

SECCION DE COSTUMBRES.

Los Celos.

Los celos son cosmopolitas, no tienen Patria propia y pertenecen á todos los países.

¿Quién puede tener celos? El que se reconozca muy inferior á los demás. Es pues degradarse el tener celos. La consecuencia que indudablemente se sacará de este principio, es que somos ó queremos parecer muy orgullosos, nada de eso, lectores, os equivocaría si tal pensaseis. Nuestro principio no es absoluto, hablamos solamente de dos clases de celos, porque á nuestro modo de ver, solo existen tres grados en ellos.—Celos aparentes;—celos por amor;—y celos exagerados.

El sentimentalismo os va ganando el corazón de tal manera, lectoras amigas, que muchas de vosotras formais los hábitos del hombre antes de formarlo un corazón; hablamos del hombre que vosotras deseais, de vuestro bello ideal pintais doradas alas de estirpados mariposas antes de hacer el cuerpo y la cabeza. ¿Y qué os sucede? Que tenéis

deslumbrada la vista con vuestra propia obra, pero esas Almas no se agitan por que no hay vida, no hay alma, no hay sentimiento. Vuestro corazón está montado al aire sobre los versos de Dante, Espronceda, Zorrilla ó algun otro fan, tástico ó melancólico autor; á fuerza de leerlos os haceis tambien vosotras melancólicas y fantásticas.

¡Creeis que al hombre siempre gusta recitar versos, hablar de amor, contemplar la luna? No! Os vamos á decir una horrible verdad; vais á caer de lo alto de vuestras dulces ilusiones. El hombre aunque animado por un espíritu no es espiritual y necesita vivir de diferente modo á vosotras. Mientras andáis por el jardín cojiendo rosas, ellos á veces se encuentran reunidos. Apenas los distinguiais; una espesa nube de humo de cigarro los envuelve; todos escriben; los semblantes de unos; distinguís están mas alegres que el de los otros. ¡Sabeis lo que hacen! Se han olvidado de vosotras y están..... calculando sobre los artículos mas escasos, para hacer pedidos á Europa; allí solo se habla de dinero; intereses y conveniencia te repiten á cada instante; ese es el mundo comercial.—¡Que rancio es esto! ¡Que de mal gusto! No es verdad! Pero es muy cierto!

Así pues, todo hombre (*todo*), que á vosotras se muestra en todos los instantes romántico, amantado, consumióse el cuerpo por la fuerza del espíritu, sin que jamás descienda á considerar las cosas como son, ó es un *pillo* que desea engañar, ó un *tonto* que está engañado toda su vida.

Pero hemos olvidado nuestro objeto—*los celos*.

Los celos aparentes, son muy conocidos; no hay en ellos fuego, pasión; hay tan solo la necesidad de llenar una fórmula segun se cree, admitiendo el proverbio de «No hay amor sin celos.» Son inspidos, son pegajosos y no hacen efecto por lo mismo que en ellos solo ese objeto se quiere lograr.

Los celos por amor pertenecen á otra gerarquía, nosotros los llamaríamos «adorable egoísmo.» Es egoista la mujer que tiene celos de otra por que desea sola poseer el cariño del hombre á quien ama; pero ese egoísmo es adorable por que hoy es tan rara la mujer que ama de veras!

Un motivo de culto debe ser para el hombre que es amado la mujer que lo distingue. Pero Dios mio ¡podremos levantar algun altar! Que cruel decepcion sufre el hombre que observa y examina!

Pero en que consisten estos celos? No son el chachareo continuo de quejas sin fin; no son esos rosarios de preguntas y restricciones, son una mirada significativa, una ligera presión en nuestra mano las que como una señal eléctrica llegan á nuestro corazón y lo hacen comprender que nuestra conducta culpable ó inocentemente ha disgustado al corazón que está colocado á la otra punta del hilo conductor; esa opresion invisible ata, aprisiona mas que incipidos temores expresados con insulsa cargosidad.

Los celos exagerados son una alucinacion hija de vuestra imaginacion acalorada. El sentimentalismo es el telescopio con que una mujer de nuestros dias observa la conducta del hombre que cree amar.

Pero queremos cuidarlos. ¡Habeis visto el juguete cómico titulado «Como Vd. quiere!» Pues allí está la mujer celosa retratada con sus verdaderos colores. Los celos por ese estilo son el cólera de los maridos y el tifus de las pre-

tendientes se huye de ellos, cual de un mal contagioso. Nunca hay razón para esos celos; es imposible que un hombre de diariamente motivo á su Dulcinea, para que esta le solicharre los oídos con sus celos fastidiosos.

Esas son las tres clases. ¡Por cuál os decidís lectoras! ¿Por ninguna? Es menos malo eso que el escoger lo peor.— ¡Cuidado!

Enero 16.

M. G.

Meliton Guzmán.

SECCION RECREATIVA.

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Ó SEA

LA RECOLETA.

VI.

Abandonemos el lindo Templo que encierra tantas preciosidades, y penetremos en las humbrías y solitarias bóvedas adyacentes á él.

Los claustros están iluminados por piedras transparentes; los rayos de luz que penetran en ellos son tenues y dulces; esto es debido á las dichas piedras especulares; segun el señor Pellegrini de quien tomamos algunos de los datos de que está formada esta leyenda, los templos de la antigüedad eran alumbrados del mismo modo.

El patio del departamento donde daban Ejercicios de hombres, es lindísimo, él forma un cuadrilátero pequeño, rodeado de arcos completamente carcomidos, por la influencia del tiempo; por medio de las hendiduras de los ladrillos que forman las columnas de aquellos, crece la yedra, y se elevan árboles enormes de palampalan (1), considerado el lugar donde tienen sus raíces; en medio de él se halla un naranjo, solitario y triste, cual el centinela encargado de guardar aquellas ruinas.

El recuerdo de las de Roma, tan perfectamente descritas por Lamartine, Menerbes y Chateaubriand, vino á nuestra mente, al contemplar esta parte del edificio. En los sótanos ha habido en otro tiempo depósitos de sal, por la influencia de ésta se ven las columnas que sostienen su techumbre en partes tan delgadas, que parece se derrumbarán al menor choque que reciban, mientras que en la parte superior tienen cerca de una vara de diámetro.

La huerta del Convento, segun un escritor, ha sido una quinta modelo; en ella se elevaban naranjos, ciprés y álamos, al pié de los cuales el junquillo, el alélí, el jacinto, y mil otras flores, se mecían graciosas sobre sus tallos.

(1) El palan palan, es una planta silvestre que se eleva como monumento en las paredes ruinosas.

VII.

Como lo hemos consignado en otra parte de este trabajo, la corporacion religiosa de mas nombradía por sus virtudes, que ha tenido Buenos Ayres, ha sido la de los padres Recoletos.

El hábito que vestían era de la misma forma que el de los franciscanos, su color era azul-sajon.

Como preliminar para su estincion entre nosotros, fué la órden que recibió esta digna Comunidad el año de 1822 para el desulojo del Convento, y el día 25 de Diciembre del mismo año, tuvo lugar la abolcion definitiva, quedando solo en sus claustros un capellan y un pobre lego; entónces se designó la mitad del lindo jardin donde tantas veces se pasearon en sus horas de holganza los dignos sacerdotes Recoletos para Cementerio, teniendo lugar su bendicion en el mismo mes, y el 7 de Agosto del año 1823, quedó designado con el mismo objeto la otra mitad,—asi, el lugar destinado para el recreo en los ratos de descanso de aquellos, so transformó en morada de muertos en ciudad de recuerdos; en último lecho de los que ya no son en el mundo.

El Convento ha sido despues varias veces cuartel, por lo cual se han perdido muchas de las puertas y ventanas de aquella santa casa, que nunca se cerró para el pobre, y donde la virtud y la verdad ejercean su benéfico influjo.

VIII.

Hemos concluido la leyenda que algunos tacharán de insustancial pero creemos haber cumplido un deber al manifestar al viagero las bellezas de fábrica que encierra esa joya, la única tal vez de la América, digna de ser visitada por el peregrino; nosotros aconsejamos á los amantes de lo bello, visiten esos claustros solitarios, donde hemos pasado algunos instantes, abstraídos en la contemplacion de la fragilidad de nuestra misera existencia, transportando la mente á las rejiones del recuerdo.

El dia último que los visitamos, el sol se ocultaba ya en Occidente, desde donde fulguraba sus últimos y purpurinos rayos que iban á bañar las careomidas y derruidas masas de edificio; con los últimos resplandores crepusculares abandonamos el Convento.

Cuando saliamos de él, la luna bañaba la tierra con sus rayos de plato, dulces y poéticos cual la sonrisa de un niño, cual la idea de un porvenir glorioso. Su luz argentina penetraba por entre las ventanas de los claustros, alumbrado de una manera tenue aquella mansion donde reina la paz y el silencio mas melancólico, infundiendo en el ánimo del que la visita filosofía y respeto.

IX.

Hace pocos años que en los días de la Virgen del pilar y de San Pedro de Alcántara, tenía lugar una gran fiesta en la Recoleta, la magnificencia de ella ha ido declinando poco á poco, hasta la actualidad en que se ha estinguido completamente.

En esos días la mansion de la muerte trocaba su manto de tristura, por los colores de la fiesta.

El lugar donde solo se posan hoy los buhos era cubierto de banderas que desplegadas al viento, lucían sus vistosos colores, sustituyendo estas al pardusco del edificio.

Los alrededores del Templo se engalanaban de mismo modo.

Los acordes músicos iban á interrumpir el silencio de las tumbas, reemplazando con sus melodías el murmullo de las hojas, esa armonía con que la naturaleza puebla el fúnebre palacio de la humanidad.

Estas fiestas eran una verdadera romería, la ciudad era abandonada en los días de ellas por las familias que iban á orar sobre los sepulcros de sus deudos, á refrescar con sus lágrimas las flores que crecen al pié de las tumbas, á entregarse á la meditación, ó á recorrer con la mente las esferas del recuerdo: en ellas tambien, las madres enseñaban á sus pequeños hijos el lugar donde reposan sus abuelos.

La naturaleza revestida de los coloridos primaverales siempre sonreía en estos días.

El camino que conduce á la Recoleta, conocido por *la calle larga* ofrecía un cuadro bello; los árboles de las quintas vestidos de flores blancas y rosadas, al mismo tiempo que halagaban la vista, exhalaban un perfume suavísimo, al cual se unía la aroma de los azahares de los bosquecillos de naranjos adyacentes á ella.

En los días de esplendor para la Recoleta, cuando aun no había sido convertida en ciudad de recuerdos, era aun mayor el fausto de esa festividad.

En la ampollita del tiempo los granos de arena que marcan las épocas y los años pasan rápidos, llevando al hombre cada uno de ellos que baja al abismo del pasado, ó la vida, ó una ilusión; de entónces acá, será muy raro el que entre nosotros no tenga allí el polvo amado de alguno de sus deudos, por eso no es de estrañarse, que la fiesta nacional de que hablábamos haya decaido, porque ¿quien podría gozar con libertad, teniendo ante su vista el horizonte de su vida, y la morada fúnebre de sus padres ó amigos?

¡Pobre Recoleta!

Ya no te resta de tus mejores días sino el re-

cuerdo, tus monjes ya no existen, el tiempo y el espíritu revolucionario han destruido tus muros y tus ojivas, los capiteles, las cornizas, y las columnas han caído en tierra, no quedando de tanta belleza sino imponentes y solitarias ruinas, antes visitadas, en los días que hemos mencionado y que hoy se celebran sin que nadie ocurra á admirar tus claustros y los lindos objetos que ellos encierran

¡Adios ruinas bellas, que daís una idea de la poca duracion de las cosas del mundo, pues hasta los monumentos de piedra sucumben bajo la influencia del tiempo y de los elementos!

¡Adios Recoleta! Monumento de la muerte adios!

¡Adios, fantasma aterrador de las generaciones corrompidas!

¡Esperanza futura del cristiano y del filósofo adios!

X.

Así nos despedimos de la Recoleta. Entramos á ella, dominados por lúgubres ideas, la miramos como un parage tétrico y amenazador, salíamos de ella filósofos, acariciados por la dulzura que respira nuestra última morada, y la muerte del cristiano y del católico.

La noche avanzaba, pero un sentimiento de admiracion hácia aquella mansion, nos detenía cerca de ella reclinados sobre el tronco de un ombú, de uno de esos árboles argentinos, que se elevan en medio de la pampa, cual gigantes de atléticas formas, y que ofrecen con su sombra descanso y solaz al caminante fatigado por las penurias del viaje. Desde allí contemplábamos á nuestro sabor las ruinas que acabábamos de abandonar.

La luna envuelta en diáfanos vapores, las iluminaba por momentos.

Reinaba en torno nuestro un sepulcral silencio, la hora, el lugar, el recuerdo de nuestros deudos que duermen allí *el sueño de la vida*, y el espectáculo que ofrecía á nuestra vista el Plata, que bañaba toda la playa, y que parecía dar principio al pié de la barranca no pudieron menos de entristecer nuestro animo, así fué que levantándonos tomamos el camino de la ciudad, no sin dejar de volver la vista varias veces hácia la Recoleta, hasta que sus sombríos muros y blanca torre se perdieron entre el follaje de los árboles y las elevadas paredes de las quintas, cual una vision que desaparece envolviéndose en el negro manto de la noche.

FIN.

EL RAMILLETE.

(CONCLUSION—VEASE EL NÚMERO ANTERIOR)

IV.

Los dos jóvenes esposos habían llegado á la corte. Enrique puso con ardor manos á la obra para probar á su padre que el triunfo coronaba sus deseos; pero este ardor se mitigó bien pronto. Fué un ardor ficticio, falso. Enrique fué poco á poco descuidando su trabajo y se presentó distraído, ocioso y fastidiado.

Esta mudanza clamó á Matilde que en vano trató de adivinar la causa, que en vano le hizo mil tiernas y delicadas preguntas. Enrique le contestaba quejándose de los colores, de la luz, del ruido de la calle, de todo menos del verdadero motivo, que era su propensión á la pereza y á la holganza. Los caballetes estaban cubiertos de telas empezadas, por las cuales paseaba Enrique una mirada distraída cuando, envuelto en su bata y recreándose con el aromático habano, se pasaba horas enteras en su taller arrellanado en un sillón.

Enrique tenía la dote de su mujer. Se hacia cargo de que por el momento era rico y que no necesitaba trabajar. Demasiado trabajaría cuando lo necesitase. No dejaba de remorderle la conciencia semejante ociosidad; pero faltábanle fuerzas para corregirse, y aunque todos los días se acostaba con la firme y decidida voluntad de emplar mejor el día siguiente, todas las mañanas se levantaba con la dejadez natural á un carácter inconstante, y buscaba razones y motivos en el tiempo, en los nervios, en las visitas, en cualquiera cosa para no tener que trabajar.

Otras veces se hallaba mal dispuesto, sentía su cabeza pesada, su corazón sin entusiasmo, tenía necesidad de emociones, le era forzoso inspirarse, nutrirse y robustecerse con el sol, el cielo, la naturaleza; y entonces se salía al campo donde veía transcurrir en la contemplación y en la pereza varios días.

El deseo de buscar un buen asunto le absorbió largo tiempo; creyendo en fin haberlo hallado, púsose á trabajar. El término prefijado para la exposición, á la que destinaba su obra con objeto de crearse un nombre, se fué acercando poco á poco y vióse de pronto con que quedaban muy pocos días; conoció la necesidad de apresurarse, y la obra empezaba con cierto cuidado y con cierta delicadeza se convirtió en una tarea pesada; la conciencia del arte tuvo que ceder á la necesidad de trabajar de prisa. Enrique se dijo que Rafael, que Rubens, que el Ticiano habían trabajado así, y que el genio solo necesitaba para darse á conocer algunas rápidas pero maestras pinceladas.

El cuadro fué acabado á tiempo, pero no se admitió. Enrique puso el grito en el cielo, se tomó la víctima, habló de cábalas, de intrigas, de complots para poner cortapisas á su talento. Lo creyó todo hilo de una envidia miserable, y esta primera derrota no le desalentó, sino que, al contrario, le dió á sus propios ojos cierto merito. Creyó solo que podia ser causa en parte de aquel golpe el aislamiento en que había vivido, y se decidió á frecuentar la sociedad de artistas, á asistir á sus reuniones en el café, á ser de la partida en las franquichelas y carabanas.

Entretanto Matilde había sido madre y no se separaba de su hijo, entregándose por entero á su cuidado con todo el entusiasmo de una rica organización maternal. La hermosa y amable joven no se quejaba de nada de lo que hacia su marido y le dejaba una completa libertad por miedo de entristecerle. Por lo demas, si él pasaba los días fuera de casa, las noches en banquetes, todo era por amor al arte, para inspirarse, para buscar emociones, para alimentar el fuego del entusiasmo que, como el de la antigua Vesta, necesita estarse siempre velando para que no se apague.

Otro hijo fué á estrechar los lazos y la ternura maternal de la joven esposa, Matilde, entre sus dos hijos, no se sintió con fuerzas para ser, ni siquiera para creerse desgraciada!

Cerca de tres años se pasaron de este modo. Mucha parte de la dote de Matilde había sido disipada, y la joven empezaba á pensar con espanto en el porvenir. Un día comunicó á Enrique algo de sus inquietudes.

—Es verdad, le contestó éste, hace ya demasiado tiempo que paso la vida haciéndome el gran señor. Pero, que quieres! la vida de un artista no puede ni debe parecerse á la de un cualquiera, á la de un simple tenedor de libros: nó, debe componerse toda de singularidades, de mezcla, de actividad y de holganza. Un trabajo diario lo hace cualquiera; es cosa de oficio y no de arte; la imaginación no puede disciplinarse jamas y el genio es libre, libre como el aire. Por lo demas, no creas que nosotros los artistas, cuando estamos ociosos, dejamos de trabajar. Al contrario, estudiamos la naturaleza que es nuestra gran madre y nuestra gran maestra, y recogemos inspiración que poder verter mas tarde en diez cuadros á un mismo tiempo. Yo me siento ahora con fuerzas, trabajaré.

—Oh! sí, sí, piensa en nuestros hijos! le dijo Matilde.

A la mañana siguiente, Enrique comenzó un cuadro y trabajó en él sin descanso todo un día. Había allí imaginación, poesía, arte; los tonos eran vigorosos, el pincel firme. El joven quedó satisfecho del principio de su obra y se propuso

aprovechar aquel momento de inspiracion al dia siguiente.

* El dia siguiente estuvo tempestuoso y la debilidad de luz no le permitió trabajar. Al otro dia hacia un sol hermoso, espléndido, y Enrique no pudo resistir á la tentacion de salirse al campo para contemplar el siempre variado espectáculo de la naturaleza, desplegando todo su lujo y todas sus galas.

Matilde empezó á sufrir y á sufrir en silencio, á sufrir resignada, á sufrir muriéndose. El carácter inconstante y perezoso de su marido la hacia temer por su porvenir, temer por la suerte de sus hijos.

Entonces, noble y santa mujer! comprendiendo toda la estension de sus deberes maternos, trató de retardar al menos por su trabajo y economia la ruina que se preparaba. Suprimió una porcion de gastos inútiles, otros muchos superfluos, todo se lo hacia ella misma, y pasaba los dias enteros y una parte de las noches de invierno trabajando en labores de bordado, cerca de sus hijos con una sola bujía y sin fuego. Su frente aparecía cada vez mas pálida, sus ojos cada vez mas hundidos; en fin, cayó en una languidez que la espantó á ella misma.

Entretanto Enrique que nada veia, que nada adivinaba, Enrique prosiguió arrastando por todas partes el lujo de su pereza, de su soñolencia, de su fastidio, y todos los que le creian con riqueza de disposicion para ser un artista y tambien un gran artista, se pasmaban de que el fuego del entusiasmo no conservara en aquel hombre la fuerza necesaria para que, dominando su escéptica y desconsoladora inercia, le obligara á lanzar al mundo una obra siquiera nutrida de vigor y de génio.

Pero Enrique nada; gustábase vivir como los pájaros, gozando con las maravillas del sol y tender bajo las bóvedas del cielo sus alas de colores cuando el cielo estaba azul y rico de esperanza.

Y en el interin, la pobre Matilde trabajaba dia y noche, dia y noche sin tregua ni descanso.

V.

Aquel continuo y prolongado trabajo acabó por agotar las fuerzas de Matilde. Esclava de su deber, la pobre mujer sucumbia bajo su pesada carga. Su palidez mostraba sus horas de sufrimiento, sus ojos hundidos revelaban las noches pasadas en vela trabajando sin descanso junto al lecho de sus hijos.

Enrique no reparaba en nada; entregado á sus placeres, á las francachelas continuas con sus amigos, pasaba la mayor parte de los dias y muchas noches fuera de casa, sin comprender toda la enve-

nenada historia de dolor que cualquier otro hubiera leído en el rostro lánguido de Matilde.

Y no se crea que Enrique fuese malo, no se crea que su corazón se hubiese endurecido, nó; queria á su mujer é idolatraba á sus hijos, pero seguia su vida de agitacion porque creia que era la única que convenia á un artista. A mas, confiaba en que la dote de su mujer no se acabaria tan pronto, y que siempre habria tiempo para dedicarse al trabajo. La indolencia en el interin se habia personificado en él.

Ignoraba que hacia ya muchos, muchos dias que no se vivia en su casa mas que de la labor de Matilde, la cual procuraba mostrarle siempre un semblante risueño, donde no le fuese fácil leer su pena y su amargura.

Llegó un dia en que la infeliz Matilde quedó inhábil para su trabajo, postrada por una enfermedad. Cesaron entónces los recursos, y la digna esposa y digna madre reunió todas las pocas fuerzas que le quedaban, para escribir una larga carta al señor Subiela, manifestándole su situacion precaria, pero achacándolo á desgracias y reveces de fortuna.

Enrique se alarmó al ver desaparecer como por encanto la salud de su esposa; y quiso recurrir á todos los socorros del arte para que la volvieran á la floreciente época de su belleza y de sus amores. Matilde le dió gracias por aquella solicitud, pero se sonrió tristemente.

En efecto, hacia ya mas de un mes, un dia que su marido estaba ausente, se habia la jóven esposa decidido á llamar á un médico célebre. Esplícóle todos los sintomas de su mal, respondió á todas las preguntas, y en seguida, mirándole fijamente, le preguntó si habria salvacion para ella.

—La hay, respondiéndole friamente el médico; la enfermedad no ha llegado aun á su último periodo, pero os seria indispensable no separaros absolutamente de mi régimen.

—Cuál?

—Descanso absoluto, no trasnochar ni pasar las noches en vela, y particularmente evitar toda emocion dolorosa.

Esto lo habia dicho el médico. Al retirarse Matilde se habia abrazado con sus hijos diciéndoles al apretarlos entre sollozos contra su pecho.

—Pronto seréis huérfanos, pronto seréis huérfanos, hijos míos!

Matilde conocia bien que nada de lo que le prescribiera el médico podia hacer.

Hé aquí porque se sonreia tristemente ante la amorosa inquietud de su esposo.

Una mañana Enrique vió parar una silla de pos-

ta á la puerta de su casa, y apearse de ella á su padre.

—Padre, padre mio, que és eso? qué sucede? exclamó Enrique sorprendido y arrojándose en sus brazos.

—Vengo á cumplir con mi deber, contestó D. Anselmo recibiendo con frialdad las caricias de su hijo.

Era que el señor Subiela habia recibido la carta de Matilde y leído en ella precisamente todo lo que no habia querido escribir la jóven. La esposa se habia callado pero el corazon de su padre lo habia adivinado todo.

—¿Cómo pintar la desesperacion de Enrique cuando se rasgó la venda que cubria sus ojos, y vió en toda su horrible y espantosa realidad la verdadera situacion de su casa, la enfermedad irremediable de su esposa, el porvenir tristisimo de sus hijos, y todo por su indolencia, por su carácter, por su aborrecimiento al trabajo, por su poco apego al deber, como decia su padre?

El corazon del jóven brotó sangre de cien heridas abiertas en él á un mismo tiempo. Comprendió toda aquella larga carrera de sufrimientos y dolores por la que habia hecho atravesar á su esposa, al ángel consolador que Dios habia puesto á su lado para su amor y felicidad, como pone la sombra de la palmera para el fatigado árabe que atraviesa la inmensidad del desierto: como pone la fuente para el sediento peregrino que á través de estensos arenales se dirige á la perdida Sion.

Su dolor fué intimo, cruel, irrosistible; su remordimiento fué espantoso el dia en que su padre, mostrándole con severidad el lecho en que agonizaba Matilde, le dijo con severo acento:

—Esa mujer hace por V. lo que V. debiera haber hecho por ella. Muere por cumplir con su deber, ella la frágil y mimada criatura que como una obligacion debia exigir que se sacrificaran por su dicha. Enrique, Enrique, siempre se lo he dicho á V.; V. no sabe V. ignora lo que es el deber.

Enrique cayó sollozando á los piés de su padre, severo en aquel instante como la voz de la conciencia.

Para el honrado cajero de una casa de comercio, no habia mas ley en el mundo, ni mas voz, ni mas nada que el deber. Era un yugo de hierro al cual se jactaba de haber obedecido durante toda su vida y el cual no comprendia como habia quien le pudiese temeraria y sacrilegamente romper.

Matilde fué lentamente agonizando. No habia remedio humano para ella. A los dos dias de su enfermedad se agravaba con una terrible crisis y la

agonia tocaba á su término. La hermosa jóven, la digna esposa, murió bendiciendo á sus hijos, abrazándose á Enrique, estrechando la mano de Don Anselmo.

Los restos fueron trasladados á su país; y en el momento en que se les acababa de dar mortal sepultura, D. Anselmo se volvió á su hijo, sobre el cual habian pasado como cien años en pocos dias, y le dijo con su mismo acento frio y severo; pero tan dulcemente como le fué posible:

—Y ahora, crees en el deber?

Enrique no contestó mas que cayendo de rodillas sobre la huesa recientemente cerrada.

Desde aquel dia, cada mañana Enrique fué á la tumba de Matilde, y ni uno se pasó sin que tuviera aquella lápida su oracion y su ramillete de *siempre vivas* y de *no me olvides*.

Enrique varió completamente de carácter. Des de entónces, como su padre, fué hombre que jamás transigió contra el deber. Dedicado constantemente al trabajo, llegó á ser uno de los artistas mas famosos, de los pintores de mas nombre, y dejó una fortuna regular á sus hijos, adquirida con su maestro pincel.

Matilde estuvo siempre presente á su memoria, y cada mañana el ramillete depositado sobre la tumba de aquella pobre victima del deber conyugal, probó que el corazon del artista manaba sin cesar sangre de su herida abierta.

Uno de estos ramilletes, fúnebres ofrendas consagradas al mas santo de los recuerdos, me fué dado un dia por el que me contó la antecedente y sencilla historia; historia con cuyo argumento, aunque variando los detalles, se ha ejercitado tambien otra pluma mejor indudablemente que la mia.

FIN.

IMPRESIONES BAJO EL OMBU.

(Continuacion—Véase el número anterior.)

VII.

¿Como ha nacido este ombú que me cubre con sus espesas hojas, que ha dado sombra y descanso á cientos de paisanos despues de sus diarias fatigas? ¿Como ha venido á este lugar la semilla que le dió ser y principio de vida? ¿Como la de aquel que se eleva en el valle, la del que cubre con su melancólicas ramas el rancho del estanciero. ó del agricultor, la del que se mece solitario sobre la parda loma ó el empinado cerro?

Preguntas son estas imposibles de responder con exactitud.

Esas semillas pueden haber sido traídas entre las alas del huracán, pueden haber sido arrebatadas á otro ombú lejano por las mismas aves que descansaron en sus ramas, pueden en fin haber llegado por los mil agentes que posee la naturaleza para esparcir sus seres en toda la tierra.

Lo cierto y lo admirable es, que el ombú parece aborrecer la sociedad, no solo de los demas vegetales sino tambien de los de su misma especie.

Jamas se ha encontrado un bosque natural de ombues. Si alguna vez se hallan grupos de varios de estos arboles reunidos, han sido plantados expresamente por la mano del hombre.

VIII,

El ombú es el amigo fiel del hombre, de la familia, del rancho humilde, mas debil que el nido del hornero pegado sobre una de sus ramas.

A poca distancia de su robusto tronco fabrica con pajas y barro su morada el tostado estanciero. Bajo su copa goza los momentos felices de amor con una compañera adorada, con esa mitad de su vida y de su alma que llama esposa. Al rededor de ese mismo tronco dan los primeros pasos y hacen los primeros juegos sus amados hijos. Despues de algunos años una crecida familia se sienta en las tardes de verano bajo sus coposas ramas á soborear el mate, nectar de nuestros paisanos, ó á oír las inocentes trovas que al son de la guitarra canta algun jóven trovador de nuestras estancias.

El Ombú despues de haber regalado su sombra á los padres, á los hijos, á los nietos, si la mano del tiempo derriba el debil rancho, ó esa familia lo abandona para pasar á habitaciones mas comodas y seguras, parece, que no pudiendo abandonar aquel sitio, permanece compañero fiel de las ruinas donde solo se alberga la lechuza el chimango, la culebra, la lagartija y el raton campesino.

Con el mismo amor que dió su sombra á la mansion habitada, la da tambien á las ruinas olvidadas cual un tributo constante de fiel recuerdo.

IX.

Por aquella cuchilla lejana corre á toda brida el diestro caballo del ágil gaucho. Detiene al animal parece pensar un momento. ¿habrá perdido el rumbo? No; ha visto un Ombú, él le sirve de norte, de aguja, de estrella para continuar su viage.

Por el ombú ha conocido el lugar donde se halla, lo que queda á su espalda, lo que hay mas allá.

Parece que el gaucho agradecido á tantos bienes como le proporciona el ombú, en su vida er-

rante, es el arbol que mas estima, el que mas busca ya para su descanso del dia, como para guardarse de la helada bajo de él durante la noche, como para comer al lado de su tronco el sabroso asado, tomar el gustoso mate, entregarse al juego de la taba ó la baraja, cantar horas enteras coplas improvisadas, acompañandose con los melancolicos rasguídos de la guitarra.

Muchos ombues hallamos en nuestra campaña, que tienen ya sus nombres propios, por los cuales son en el acto conocidos.

X.

En las mañanas de la florida primavera, en los medio dias del templado invierno, en las tardes del caloroso verano, el estanciero contempla, sentado al pie del ombú, sus estensos campos cubiertos de ganados y sus hermosos montes, solo cuidados por la pródiga naturaleza.

Sin duda ninguna el ombú es el arbol destinado para los pueblos pastores y cazadores, para esas tribus que á cada momento precisan sombra donde recostarse y fresco que aspirar despues de sus correrias.

Una estancia sin ombú, un rancho ál que le falta este fiel amigo, pierden la mitad de sus atractivos rurales; parece que les faltase un pedazo de hermosura, ó un elemento de vida.

XI.

En medio de nuestros bosques y de nuestras Islas se hallan el duro quebracho, el visaró, el timbó, el fuerte algarrobo, el incorruptible ñandubay y otros muchos arboles mas útiles que el ombú para las nece sidades del hombre y para la riqueza del pais, pero ninguno llama tanto la simpatia como el corpulento ombú, arbol que viene á mirarse como parte de la familia que goza de su sombra.

Tal vez ese amor sea un sentimiento traído á nosotros por la traicion de esas razas indigenas que ha estinguído la civilizacion con sus espadas y cañones.

¿ Cuantas veces habrán reposado al rededor de esos ombúes, felices tribus de charrúas y guaraníes, descansando despues de sus combates guerreros, despues de sus correrias en la caza del venado, del ciervo, del gamo, del tamaunir y del tapir!

¿ Cuantas veces habrán celebrado sus victorias y sus amores, danzando al rededor de esos gigantes del reino vegetal, mientras que un coro de aves elevaba á los aires su misterioso cantar, desde las ramas mecidas por el fresco viento del Sud-oeste.

Esos solitarios ombúes, que aun se elevan sobre nuestras cuchillas, como conservando algo caracte-

ristico de la primitiva América, contienen en sí, aunque testigos mudos, toda una larga historia de acontecimientos desconocidos, que jamás serán descubiertos por los hijos de la civilización.

Ellos han presenciado la vida, los dolores y los placeres de mil generaciones indígenas, ellos se han estremecido luego al estampido del cañon europeo, ellos han visto la lucha sangrienta entre el dueño y el usurpador, ellos en fin hubieran llorado, si lágrimas tuvieran, al ver correr la sangre del último charrúa, del último guaraní.

XII.

Sobre sus raicos sobresalientes, en el corpulento tronco, en muchas de sus ramas ha penetrado la aguda flecha, la fuerte lanza y la cortadora hacha del indio guerrero, cicatrices que se confundieron luego con las que dejaron las balas europeas al pasar hasta su corazón, respetado por las armas que dá al hombre la naturaleza.

Recuerdos de una raza estinguida, únicos signos que os levantais sobre la inmensa tumba de miles de hombres, quizás vosotros sentís aun los ecos de esas generaciones perdidas, al combatir con su violencia el poderoso pampero.

R. de S.

(Continuará)

SECCION DE VIAJES.

Impresiones de viaje.

Desde el número prócsimo empezaremos la publicación de unas impresiones de viaje, escritas por un jóven oriental, que ha paseado una parte de nuestra campaña y dedicadas á unos de nuestros colaboradores con la carta que va á continuación y que servirá de prólogo á dichas impresiones.

Sr. D. Ramon de Santiago.

Montevideo, Enero 15 de 1860.

A ti querido amigo:—había pensado siempre dedicar las impresiones de mi viaje; cuando las escribía redactabas un periódico literario pensé mandartelas pero motivos que no estuvieron en mi mano vencer me privaron hacerlo entonces, así es que escritas en una época de ahora 6 años poco mas ó menos, han perdido el poco interés que ellas tienen, pero recibelas con agrado no por su mérito, sino como testimonio del afecto que siempre te he profesado.

Al concluir mis impresiones que fueron en el

Brasil, solo me restaban algunas reflexiones, que venían en tropel á mi imaginación, y que al describir las bellezas del suelo que nos vío nacer, no podía verterlas en el papel en ese instante, por que á veces se aglomeran tantas y tantas ideas, unas tras otras, semejantes á las ondas del Plata, que se confunden, se borran, y vuelven á nacer.

Pero hoy mi memoria las conserva todas, como en algunos campos incendiados por donde he pasado, que aun despues de mucho tiempo, conservan las huellas por donde han corrido veloces las llamas. A esto añádase, esa religiosidad, fanática ó superficial, digamólo así: que dá valer á lá mas insignificante circunstancia, cuando lejos de su ciudad nativa de su familia, de sus amigos de infancia, y en país extranjero, recuerda los pasados días, y las noches deliciosas que gozabamos juntos seis ó siete amigos hablando de literatura, pintura etc.

Tu caro amigo:—Has conocido las vicisitudes, de mi vida, y mi fatal destino, que me hicieron abandonar tan caras afecciones; tu has sido feliz, no abandonándolas nunca quiera el cielo bondadoso que siempre la fortuna se te muestre risueña.

Mis reflexiones elevaban mi imaginación hasta la inmenidad del firmamento, revelábanme a Dios en todas partes donde tenía que admirar su sabiduría y su divinidad.

Si amigo mio, mi alma no tuvo ni tendrá sino en esa sola vez de mi vida, esos momentos tan dulces, tan llenos de religioso sentimiento, tan encantadores para mí, En esos momentos el alma parecía ser otra, que la mia, cuando oía el murmullo del agua que salía de las peñas, y que corría sobre la ya amarillanta ó rojisa arena, sombreada de árboles, arbustos, y flores, veía á Dios, cuando esa misma agua bullidora corría sobre azules pedregullos y que parecía balbuciar sonidos confusos, veía á Dios. Cuando el Sol rompía con sus ardorosos rayos, por la mañana, un nubarrón cargado de todos los colores que sujere la imaginación, y que la paleta del mas hábil artista no convinaría y se muestra primero por fajas de color de fuego y despues palideciendo esas mismas fajas se vé un panorama admirable al rededor, haciendo elevar de los cerros, bosques, y cañadas un vapor sutil, lijero, y al mismo tiempo de color de nieve y que disuelto despues en el aire cae en gotas de cristal, adoraba á Dios; cuando la melancolica luna, ese astro á quien casi todos los poetas han cantado, y entre ellos "Echeverría el dulce y melancólico poeta americano, saliendo por entre altísimos cerros, sombreadas sus laderas de su triste tinte negrusco, debido á la espesura de los árboles que crecen á su vez y mostrándose de repente, hacían reflejar sus pálidos rayos, pasando de uno á

otro, y les hacia parecer cual gigantes, entonces elevaba mi corazon á Dios.

En esa hora deliciosa del Alba cuando pasando por la ladera, sentía el susurro de los árboles que traía un venticillo fresco, húmedo, acompañado tambien del ruido de las aguas, la melodías de las aves, el bramar del ganado, el triste valido de la oveja, y el relinchar del fogoso potro, entonces todo era poesia á mi rededor, me parecia que todo lo que me rodeaba se unia á mí, para alabar la mano del Ser, dueño y hacedor de todo lo creado. Cuando á lo lejos se oye el ronco trueno que el eco repite de cerro en cerro y se vé ese fuego fosfórico é instantáneo á que llamamos relámpago, inundando con su luz, el valle, el monte, y las lejanas poblaciones, en ese momento todos los seres vivientes tiemblan á la ira del Señor. Las aves de rapiña corren á guarecerse en las concavas piedras, uniendo al ruido y confucion general sus gransidos, las aves acuáticas se esconden en los pinoes y totorales, las pequeñas avecillas pasan en bandas pizando por sobre nuestras cabezas en busca de un refugio á su dulce y tierna existencia; en medio de toda esa confusion se cierne la lechucha que ha salido de su cueva, y solo parece desafiar la tempestad al agnita que posada sobre un antiguo Sauce empieza á dar silvidos, ¡infeliz! no sabe ella que al menor soplo del Eterno quedará hecha pedazos, todo es grandioso en estos instantes; el toro bramando se retira al monte, el potro salvaje abriendo las narices hechando nubes de vapor por ellas, palpitantes sus hijares, la crin suelta al viento recoje su manada del medio de la alta loma, y busca un abrigo en las ondas cañadas ó en el monte, al ver esa solemne confusion de tanto ser, en medio del despoblado campo de nuestra tierra hasta un ateo creeria en Dios, yo no me cansaba de escuchar, de ver, tanta magestad y grandeza, me estaciaba; mi corazon llenaban de emociones, y al caer en él derramaban en todo mi ser una nueva y deliciosa impresion que no habia conocido aun hasta entonces.

Una alma de fuego quisiera tener, y ser poeta para describirte tantas grandezas de la naturaleza como he visto en mi viaje.

Tuyo

E. M. O.

~~~~~

### FLOR DEL AIRE.

—+—  
SONETO.

Hija del aire y blanca como el lirio,  
Adherida á las ramas vive y crece,  
Y entre el verde follaje resplandece  
Como perlas que llora ardiente cirio.

Con la brisa oscilando, en su delirio,  
Abre y cierra su cáliz. . . . se estremece. . . .  
Hasta que al fin de gozo desfallece,  
Que siempre unidos van dicha y martirio!

Sus lazos rompe. . . . mas apenas toca  
La tierra, el soplo de su faz la quema,  
Cual de una sierpe la abrasada boca.

Ilusion! . . . tu eres de esa flor emblema  
Y la cruel realidad, la dura roca  
Dó salta en mil pedazos tu diadema!

*A. Magariños Cervantes.*

—

### EPIGRAMAS.

Que tienes bella Palmira?

—Dijo Juan á su señora:

Y ella dijo,—hace una hora

Que mi cabeza delira.

—No pases por ello afan

Dijo el marido prudente

Ay! tú no sabes mi Juan

Lo que murmura la gente.

—

—Para llenar su deseo

Que es lo que falta á Melchor?

—Atrapar un buen empleo

Y las borlas de doctor.

—

—Porque siempre está Raquel

Llorando desesperada.

Porque duerme con su almohadon.

Mientras pasea Miguel.

—Y por aquea friolera

Llora Raquel sin cesar? . . .

—Pues toma, no ha de llorar

Si pasa la noche entera

Pensando que ha de llegar!

—

¿Por qué escribe en Italiano  
Cierto vate distinguido?

—Por que nadie ha comprendido

Lo que escribe en castellano.

No puede ser de otro modo

Que tan mal sabe escribir,

Que al quererlo corregir

Es mejor hacerlo todo.

*Marrajan.*

~~~~~

P. B. O.